

MÁS ALLA DE ORIÓN

Anunciaron un eclipse. Cosas de galaxias que no solo palpitan, sino que bizquean. Luna y sol son guiños de la misma noche...o del mismo día.

Ese día del eclipse apareció ella en la consulta. Sus ojos titilaban como estrellas y su boca temblaba al decir “*murió tranquilo*” (como el uni-verso de un poema, pensé)

- Le has acompañado hasta el final, le dije.
- Sí. Se despidió abrazando con su mano la mía. Fue un final bonito y te lo agradezco. Os lo agradezco.

Recordé que en las últimas etapas de la enfermedad a mí también me agarró con esa mano, mitad pensamiento, mitad sarmiento, rogándome que hiciera lo posible para que no sufrieran. Ni él ni ella. Fueron muchas visitas a ese domicilio constituido en reducto donde aprisionar recuerdos, atesorar la risa y, como cometas fugaces, aminorar con prudencia los adverbios de tiempo. El mañana se llenaba de las ficciones de las constelaciones. Celeste no era un color: era una bóveda donde exaltar una vida que se nos iba de las manos. No se les reconocía ni en esas fotos de los anaqueles de su casa, ni en esos espejos que, con vocación de cosmos, eludían. Las visitas cada vez se circunscribían más a su habitación, a esa cama (cada vez más oráculo, más destino) de la que al final no se levantaba. Las sonrisas, como lunas en cuarto menguante de Orión, cada vez más vestigios del pasado.

Ella acudió con necesidad de compartir su duelo. Depositó su mano temblorosa con ademán de colibrí sobre mi mesa. El ordenador callaba con el silencio cómplice de los satélites, evocando historias jamás contadas. Todo calla salvo esa mano sobre mi mesa trasunto de antiguas glorias. Se la cogí que es lo que hay que hacer en todo “eclipse del yo”.

López García-Franco Alberto